ABSTRACT

CÓDIGOS Y LEALTADES EN EL ÚLTIMO LUGAR DE LA FRONTERA

Prof. Andrea Carina Greco (IES Del Atuel)

El espacio americano con sus características geográficas propias fue condicionando el avance o retroceso humano. Las grandes distancias, los obstáculos de la aridez y el desierto y la "araucanización" de las tribus indígenas del sur de Mendoza demoraron el poblamiento estable de estas tierras hasta principios del siglo XIX. Por otro lado, estos mismos obstáculos fueron los que motivaron el avance pionero, el corrimiento de la frontera hasta estas tierras.

El fuerte fundado en la actual Villa 25 de Mayo, fuerte denominado San Rafael, fue un frente pionero. La frontera era un espacio de inseguridad constante que para ser afianzado precisaba de modo indispensable su centro de refugio, función que cumplía la fortificación militar.

Autores como Frederik Jackson Turner o Carlos Mayo se han ocupado de la frontera en general. Nosotros queremos hacerlo aquí pero de modo particular, centrando nuestra atención en nuestra Villa Vieja, para analizar desde este caso histórico, por medio de la confrontación bibliográfica y la indagación documental. El Fuerte y su población era un espacio geográfico que implicaba una región de encuentro cultural entre indios y poblaciones "blancas", ese ambiente y proceso separaba y ligaba a la vez y por todo ello configuraba una sociedad con sus propios tipos sociales, sus peculiares formas de relación y rasgos particulares.

CÓDIGOS Y LEALTADES EN EL ÚLTIMO LUGAR DE LA FRONTERA

Prof. Andrea Carina Greco (IES Del Atuel)

Introducción

El espacio americano con sus características geográficas propias fue condicionando el avance o retroceso humano. Las grandes distancias, los obstáculos de la aridez y el desierto y la "araucanización" de las tribus indígenas del sur de Mendoza demoraron el poblamiento estable de estas tierras hasta principios del siglo XIX. Por otro lado, estos mismos obstáculos fueron los que motivaron el avance pionero, el corrimiento de la frontera hasta estas tierras.

El fuerte fundado en la actual Villa 25 de Mayo, fuerte denominado San Rafael fue un frente pionero. La frontera era un espacio de inseguridad constante que para ser afianzado precisaba de modo indispensable su centro de refugio, función que cumplía la fortificación militar.

Autores como Frederik Jackson Turner o Carlos Mayo se han ocupado de la frontera en general. Nosotros queremos hacerlo aquí pero de modo particular, centrando nuestra atención en nuestra Villa Vieja, para analizar desde este caso histórico, el espacio geográfico que implicaba una región de encuentro cultural entre indios y poblaciones "blancas", ese ambiente y proceso que separaba y ligaba a la vez y que por todo ello configuraba una sociedad con sus propios tipos sociales, sus peculiares formas de relación y rasgos particulares. Una sociedad con "sus propios códigos y estrategias de supervivencia (...) una sociedad cuyas lealtades estaban divididas y que vivía una relación ambigua con sus vecinos, los indios. Por un lado debía soportar sus malones y ver morir o caer cautivos a algunos de sus integrantes, pero por otro encontró varias formas de convivencia con las tribus de la pampa que le permitieron sobrevivir"[1].

Porque si algo está claro es que la frontera no era esa línea trazada imaginariamente entre fortines y fuertes desde Buenos Aires a Mendoza, sino una franja más o menos inestable entorno a esa línea, ya que toda la vida dentro de ese espacio se encontraba condicionada por la vecindad aborígen.

Avance pionero

La creación de un fuerte hacia el sur de Mendoza, a más de 200 km establecía un centro de refugio, un espacio de seguridad indispensable para el mantenimiento de la tropa en ese sitio. Pero como era necesario asegurar su subsistencia implicaba también una obra de colonización al establecer un "nuevo frente pionero a orillas del río Diamante, suministrando al mismo tiempo a los eventuales colonos la protección necesaria"[2]. Esta concepción del avance en la línea de fortines se remonta al gobierno del Virrey Vértiz, quien desde 1778, previas consultas a una junta de comandantes y milicianos de la campaña, había formado un cordón defensivo mediante la construcción de una serie de nuevos fuertes y fortines. Pero la obra del Virrey no se limitó a esta reorganización de la línea de fortines. Su plan fue más ambicioso. "Se propuso fomentar la colonización efectiva del suelo, llevando hasta las mismas fronteras el impulso civilizador. Vada reducto debía convertirse en centro de una nueva población urbana, iniciándolo las familias de oficiales y soldados (...) a quienes debían seguir los campesinos"[3]. De este modo, el fuerte no sólo cumplía una función defensiva sino que la colonización provocaba avance de la frontera agrícola y de la explotación ganadera.

Posteriormente, hubo nuevos proyectos de llevar más hacia el sur la línea de fortines. Uno de estos fue el del práctico Sebastián de Undiano, que había realizado observaciones científicas en el camino de Buenos Aires a Chile publicó su opinión de trasladar "la frontera de Buenos Aires a la ribera septentrional del Río Negro; ellos son seis y seis fortines, y con el que ya hay en la desembocadura de aquel río [Carmen de Patagones], colocados en sitios convenientes serían suficientes para cubrir las 80 leguas que hay desde ella hasta la junta con el Diamante" y recomendando además poner la mayor fuerza en este último punto por ser "el más remoto de nuestras fronteras actuales"[4]. Para reforzar su opinión manifestaba los beneficios que se obtendrían para la ganadería y agricultura con este ensanche e incluso para el comercio, al poner en uso el Paso del Planchón. Acota Marfany que no se atrevió el gobierno a poner en práctica tan ambiciosos planes. Lamentablemente podríamos extender la acotación hasta el presente (¡200 años después!) en lo que se refiere al Planchón.

De tal modo que la creación del Fuerte San Rafael y la población aledaña si bien tenía una eminente motivación estratégico-militar debe, al mismo tiempo, ser considerada como un avance pionero en el espacio periférico[5] de la sociedad civilizada con un objetivo fuertemente económico centrado en el interés de la expansión agropecuaria y al mismo tiempo como garantía de seguridad para las poblaciones desde hacía largo tiempo asentadas en el norte de la provincia de Mendoza.

Vida en la frontera

Eduardo Gutiérrez a fines del siglo XIX hace una descripción de la patética vida de la frontera:

“Ustedes creen que el militar en la frontera pasa una vida napolitana, tendido panza abajo o panza arriba rascándose la punta de la nariz, no tendrían para desengañarse más que asomar la nariz por la frontera en una de esas mañanas afeitadoras.

Allí verían que el soldado como el oficial son dignos de todo cariño y respeto, y apreciarían la diferencia que hay en dejar la buena cama abrigada y limpia a las 9 de la mañana, y salir de entre los pobres ponchos a la primer vislumbre del día, sobre una escarcha tremenda y bajo un rocío glacial.

Allí no hay placeres, no hay dulzuras, no hay nada que pueda halagar el corazón o el espíritu.

Se vive lejos de toda caricia, como un parásito, sin más mañana que la lanza de un indio, sin más ayer que el hambre pasada o continuada.

Sin enemigo al frente, parece que su vida fuera lo más descansada de este mundo, y sin embargo, vive siempre como si tuviera a su frente el ejército más respetable.

Se levanta a la diana, haga el tiempo que haga, limpia sus armas y correajes, hace su ejercicio, pasa sus revistas y hace el servicio más penoso y completo.

La alimentación es poca y mala, la leña escasea, el proveedor especula con los estómagos de la tropa, y el sueldo no lo recibe el soldado, sino el pulpero que le fía con vale oficial y a veinte veces el precio de cada cosa.

En las noches tremendas de junio y julio, cuando el frío hiela los huesos, el servicio de imaginarias y guardias es necesario hacerlo con relevos en cuarto de hora, muchas veces de cada diez minutos.

Estando más tiempo, los centinelas morirían de frío.

Esto sin contar que el traje de invierno es de brin, porque la comisaría ha demorado el envío del uniforme, o porque este se ha quedado en los lodazales del camino”[6].

La vida militar en la frontera permanece casi sin variantes entre la época hispánica y la posterior a la revolución de Mayo. Carlos Mayo la define con una serie de trazos peculiares: “extrema miseria, intensa precariedad y una vida cotidiana caracterizada por su épica dureza, donde lo público y lo privado mezclaban sus aguas hasta hacerse inseparables. La historia de ese casi siglo y medio de vida de fortín transcurrió así, siempre igual a sí misma, como si el tiempo no pasara y los cambios, que los hubo, no hubieran hecho mella sobre ella”[7].

Estas características de vida miserable son las que resalta Hernández cuando Martín Fierro relata la vida en la frontera:

“Ansí en mi moro escarciando
Enderesé a la frontera.
Aparcero, si usté viera
Lo que se llama canton...!
Ni envidia tengo al raton
En aquella ratonera”[8].

Observa Paul Denis que influyó mucho, sobre la evolución de esta fundación esencialmente militar, el aislamiento con respecto a la ciudad de Mendoza. “El inevitable estancamiento de la vida, en los primeros años, se explica, hasta cierto punto, por el número proporcionalmente elevado de soldados, consumidores mucho más que productores, y por las pocas mujeres que había, otra situación normal, sin embargo en los frentes pioneros”[9]. Lo cierto es que, al mismo tiempo, la vida militar del fuerte es lo que hacía posible, y no sin restricciones y sacrificios, la vida de la pequeña población que fue creciendo a su amparo. El Fuerte de mejor o peor forma (según los tiempos coyunturales y la cantidad de efectivos de la guarnición) mantenía la seguridad de un grupo restringido de colonos instalados en sus inmediaciones. Esta avanzada oficial de la civilización, aunque asegurara un progreso a largo plazo, logró mantenerse en forma muy precaria en los primeros años “únicamente con la llegada de algunas tropas y 50 prisioneros ingleses”[10].

Tanto la vida militar como la civil estaban signadas por la pobreza. Véase como ejemplo de esto la carta que Fray Francisco Inalicán, Capellán del Fuerte y Párroco a pedido de los indígenas del lugar[11], dirige al Gobernador Intendente en 1816. En el mismo solicita para algunos vecinos nuevos que han llegado al Fuerte, procedentes de Chile, que el Gobierno les facilite “palas, hachas y azadones, para la dirección de las acequias”. También pide granos de maíz o trigo para sembrar “y una res cada mes para que se les reparta en raciones, y puedan diferenciar el sustento siquiera aquel día”. Y aún agrega, “Señor: aquellos pobres vecinos que existen no tienen cómo poderlos socorrer y aliviarles sus urgencias, porque son pobres”[12]. Al final de la carta aclara que sería suficiente con seis palas, seis hachas y seis azadones. Huelgan las palabras, sólo hay que imaginar la máxima austeridad con que vivían aquellos primeros pobladores. Narciso Sosa Morales, el historiador de la Villa Vieja, se refiere a estos como los audaces primeros pobladores, que surcaron la tierra con sus arados de palo para sembrar trigales y maizales, y abrieron así el camino del progreso, a cuesta de sus esfuerzos, de sus vidas, sacrificios y vicisitudes!”[13].

El malón

Como es obvio, la razón principal que había alentado la fundación del Fuerte de San Rafael había sido la de mejorar las defensas... Al abrigo del fuerte, se habían dividido los solares para dar nacimiento al nuevo pueblo de San Rafael. En 1807, el pueblito tenía "12 ranchos, por todo caserío, excluyendo las habitaciones del fuerte, y mantenía una población permamente de 152 almas, entre las que se contaban nueve indios convertidos. Funcionaba ya una escuela, a la que concurrían los hijos de los pobladores y dos jóvenes indígenas. El cultivo de la tierra se había intensificado, produciendo cereales para el consumo local, y dejándose ver algunos plantíos de frutales y sauces"[14]. El gobierno español al aprobar la fundación, había considerado que el pueblo de San Rafael podía ser un magnífico centro de almacenaje de todos los frutos de la región cuyana, y un puerto fluvial para dar salida a sus productos por los ríos Diamante y Negro hasta el mar, según las *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata* escritas por el visitador Félix de Azara.

Como se sabe, desde mediados del siglo XVIII se había producido el proceso que Salvador Canals Frau denominó "araucanización de las pampas", que supuso la invasión y conquista de las pampas argentinas por los belicosos araucanos originarios de Chile. La "araucanización" afectó un amplio territorio, causando estragos en el sur mendocino, y obligando a los puelches, pehuenches y huiliches a vivir, desde entonces, en pie de guerra. Los nombres del Comandante Gregorio Morel, en San Carlos y especialmente el del Comandante de Fronteras de Mendoza don José Francisco de Amigorena , a quienes los indios por su prestigio llamaban "Capitán Grande Amigorena"[15], están íntimamente relacionados con la defensa y pacificación de la frontera. El siglo terminó con la firma de tratados con diversas tribus de las pampas que aseguraron el camino libre para la erección del fuerte de San Rafael[16].

En la opinión de Marfany, después de las paces generales firmadas con los pehuenches y el cordial trato entre blancos e indígenas que inclinó a muchas tribus a hacer acuerdos, la vida fronteriza fue creciendo con entusiasmo. "Sin el peligro de los malones, al abrigo de los fortines de San Carlos y San Rafael, las poblaciones se desarrollaron prontamente, viviendo sus habitantes de la agricultura y la ganadería de los valles adyacentes"[17]. Por el contrario, Paul Denis señala que aparte de las escasas siembras bajo riego de cereales y forrajes alrededor del fuerte, "la estructura económica local seguía reducida a una sola empresa muy rudimentaria de ganadería extensiva a base de animales criollos, aprovechándose las amplias praderas naturales con aguadas, abiertas sin embargo a las depredaciones de los indios"[18].

Ahora, considerando la segunda hipótesis, la de Denis, de un lento desarrollo, cabe preguntarse si esta situación se mantuvo luego de 1810. La función de defensa fue cumplida de mejor o peor forma según los tiempos de la vida política nacional. Sosa Morales explica que desde el año 1811, el fuerte de San Rafael agregó a su finalidad original, detener el avance indígena, el colaborar con la lucha por la autonomía primero y la independencia después. Así sirvió, por ejemplo, para mantener prisioneros a algunos realistas. A partir del gobierno de San Martín en Cuyo, y producida la caída de la Patria vieja chilena, el gobernador-intendente previendo un avance de las tropas realistas desde la Cordillera, resolvió artillar los fuertes de San Carlos y San Rafael, y nombrar Jefe de Fronteras a don Manuel Corvalán[19].

Las diversas situaciones de guerra -externa e interna- demandaban tropas quedando en ocasiones desguarnecidos los fortines fronterizos. El primer momento difícil fue la época de la guerra de independencia ya que el "esfuerzo supremo que demandó la preparación del ejército expedicionario, quitó a Mendoza casi todos los hombres aptos para las armas"[20]. Luego del éxito de la Campaña Sanmartiniana en Chile la situación se agravó por el paso de muchos bandoleros chilenos que aprovecharon la situación de indefensión de la zona. El fuerte se encontraba imposibilitado para cumplir su misión pacificadora y civilizadora en el sur por falta de recursos humanos como también por el recrudecimiento del bandidaje, robos de haciendas y ataques indígenas a las poblaciones indefensas. El sur se convirtió, otra vez, afirma Paul Denis, en un "No Man's Land" al recrudecer los ataques de indios después de 1828.

El problema del malón era un obstáculo al desarrollo agrícola-ganadero del lugar. Así lo manifiestan los vecinos de San Rafael, en 1823, en carta dirigida al gobernador Pedro Molina. en la que expresan: "Los vecinos hacendados en los campos del Sur [...] que en meses pasados se sirvió V.S. convocarnos para que arbitrásemos un plan que de algún modo asegurase nuestras haciendas de las invasiones de los indios que entonces nos amenazaban y que aún en el presente nos amenazan". Estos hacendados proponen como solución, en su beneficio particular pero también del resto de los pobladores, que se fomente la fortaleza de San Rafael y se le dé la categoría de villa "tendremos -dicen- con sólo esto una defensa pronta y de muy poco costo", además sugieren comprar a los naturales los terrenos entre el Diamante y el Atuel, para que los pobladores dispongan de campos de labranza.

Sosa Morales sostiene que desde 1828 Pincheira hace sus incursiones por estas tierras, haciendo malones y saqueos hasta San Carlos. Los indios que vivían cerca del Fuerte, hasta entonces, habían mantenido buenas relaciones con las autoridades, pero desde la llegada de Pincheira renuevan hostilidades. Los primeros propietarios de tierras (1823) ven frustradas sus esperanzas de poder trabajarlas ante la inseguridad permanente[21].

Durante el gobierno unitario de Videla Castillo, Manuel Virto fue designado jefe de la frontera sur,

quien inició una campaña para acabar con los ataques y malones en las inmediaciones del fuerte y pueblo de San Rafael. En esta hubo un feroz enfrentamiento que se inició en las inmediaciones de Chilecito que dejó como saldo gran cantidad de muertos, y el rescate de cuatro cautivos y animales[22]. En 1832, otra campaña al mando del federal general Joé Ruiz Huidobro, en el paraje Las Piedritas enfrentó a la tribu del cacique Manil, derrotándolo.

Lo cierto es que aunque Mendoza -dice Marfany- había procurado con diversos medios y recursos la mejor manera de detener las depredaciones, la experiencia fue señalando el camino: "únicamente una acción coordinada de todas las fuerzas de las provincias fronterizas, podía dar aquel resultado"[23] debido a que los indígenas, comunicados entre sí, atacaban en uno u otro territorio de acuerdo a la debilidad mayor o menor que mostrara cada provincia. Este camino, que era el advertido por el virrey Cevallos en 1777, se veía como el único eficaz. Así las provincias de Mendoza y San Luis solicitaron al gobierno de Buenos Aires la realización de una campaña coordinada. Juan Manuel de Rosas tomó la iniciativa de su ejecución y en 1833 se abrió esta gran campaña con la colaboración de Mendoza, San Luis, La Rioja, San Juan, Córdoba, Tucumán, Catamarca, Santa Fe y Buenos Aires[24].

Ahora bien, es importante considerar que además de ser un obstáculo al desarrollo económico[25] el problema de la inseguridad y malones en la frontera podía esconder un serio conflicto internacional. Considerado desde este punto de vista la consolidación de la frontera con el dominio efectivo era una cuestión de vital importancia. La razón estribaba en que los países vecinos tenían este mismo interés. Llevar la línea de dominio hasta las fronteras nacionales implicaba guerra al indio que vivía en esas zonas sin limitación de fronteras y por consiguiente susceptible de producir conflictos internacionales "ya que el *uti-possidetis* de 1810 fue un mito geográfico borrado por la falta de dominio efectivo; bastaría recordar que las Provincias Unidas del Río de la Plata en conjunto tenían en 1810 casi cuatro millones de kilómetros cuadrados, la República Argentina tiene hor dos millones novecientos mil kilómetros cuadrados". De allí la importancia de lograr el dominio efectivo de las tierras que constituían el patrimonio territorial nacional. Mendoza como provincia cordillerana era la de mayor interés nacional porque las incursiones de los indígenas se realizaban por ese lado en razón del contacto de éstos con los indios araucanos con quienes hacían negocios producto del robo de ganados. Por lo tanto era la frontera de mayor perjuicio económico y de mayor probabilidad de conflictos internacionales[26].

Los cautivos

Un problema concomitante al de los malones, es el de los cautivos ya que muchas de esas incursiones terminaban llevándose a mujeres, niños u hombres como cautivos a las tolderías. Mayo se pregunta de qué sectores sociales se reclutaban los caudillos, pues tanto hombres como mujeres caían en cautiverio. Los primeros normalmente aran cautivados siendo niños, las mujeres, a cualquier edad. Había blancos, negros e indios hispanizados, arrieros, peones y viajeros que al cruzar los caminos del desierto podían caer prisioneros de una partida de indios. ¿Qué funciones cumplían estos cautivos en el seno de la sociedad indígena? Lucio Mansilla en su *Excursión a los indios ranqueles,* resume sus labores: lavar, cocinar, cortar leña, hacer corrales, domar potros, cuidar ganados o servir de instrumento de placer. Los hombres eran empleados como siervos, baqueanos, rehenes para canje de cautivos, mensajeros, prendas de paz y en ocasiones llegaron a desempeñar tareas de supervisión teniendo indios a su cargo. Los cautivos hombres tendían a fugarse si se presentaba la circunstancia propicia. Las mujeres, en cambio, tendían a quedarse en la toldería y aún a regresar a ella luego de ser rescatadas. Muchas terminaron siendo concubinas de los caciques o indios y fueron madres de sus hijos. Esta sola circunstancia, observa el autor, tendía a retenerlas en la toldería. Los hombres lograban rápidamente reinsertarse en la sociedad criolla, las mujeres cuya honra había quedado manchada, en cambio, difícilmente podrían volver a integrarse[27].

Sosa Morales relata que las partidas del piquete de baqueanos que salían del Fuerte a vigilar la zona a fines del siglo XIX, siendo comandante don Francisco Arana en muchas ocasiones perseguían a los indios y tomaban como cautivas a indias jóvenes que colocaban en casas de familia para el servicio doméstico. Algunas se integraban y adaptaban a las modalidades de vida de la sociedad fronteriza[28].

A veces, por ser Mendoza zona de frontera con Chile, se realizaban acciones conjuntas entre los gobiernos de ambos lados de la cordillera con el fin de rescatar cautivos. Así se lee, por ejemplo, en un documento que el gobierno de mendoza remite al Ministro de Relaciones Exteriores de la nación trasandina: "Impuesto el Gobierno de esta Provincia de la apreciable nota de V.S. de 16 enero próximo pasado relativos a que en la Provincia de Valdivia se logró rescatar del poder del Cacique Catrilés una mujer cautiva llamada María Martínez, natural de estas provincias, y que aquel Intendente la remitió a Valparaíso a disposición de ese Supremo gobierno, ordenar al infrascripto conteste al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Chile de que tan luego como fue recibida se expidieron las circulares respectivas a la indagación de su oriundez. Así que sea adquirida esta, será puesta en su conocimiento a efecto de que sea cubierta la cuenta de gastos que haya demandado la traslación y se librarán las órdenes respectivas para su

conducción a esta"[29]. De similar tenor es otro oficio por el cual el gobierno de Mendoza remite cautivas halladas en esta provincia pero oriundas de Chile: "Enero 14. Al Excelentísimo Señor Presidente de la República de Chile. El que suscribe tiene el placer de comunicar a Su Excelencia el Señor Presidente a quien se dirije que con el tropero Ambrosio Guevara y al reparo del Señor Don Juan Rosas Correa se remiten las las [sic] cautivas. Ilustrísimo estas han causado los gastos que demuestra la cuenta adjunta presentada por el Jefe de Policía a cuyo cuidado han estado, y se restan al conductor 9 pesos que debe percibir en esta sirviéndose el Señor Presidente mandárselos entregar en igual que el monto de la cuanta al Sr. Rosas. El que firma cree de su deber pasar en consideración de Su Excelencia que las otras cautivas comprendidas en la lista no han podido encontrarse, pero sí otra llamada María Francisca Chillán y un joven que no da razón del lugar de su nacimiento pero asegura ser de esa República, y no se remite en esta vez por haber fugado de casa del Jefe de Policía, y no haberse hasta hoy encontrado, y la María Francisca por haberse casado en esta"[30].

El tema del cautiverio que ha servido de inspiración al arte tanto literario como pictórico implica la dramática experiencia del desgarramiento y del conflicto y pérdida de identidad. Esta vivencia de la contradicción de dos mundos en pugna es lo que los autores han querido plasmar por medio de la creación estética. Así reproduce Hernández en su célebre Martín Fierro el relato que la cautiva le hace al gaucho Martín de sus desventuras en la toldería y concluye:

"Naides, decía, se imagina,
ni es capaz de presumir
cuánto tiene que sufrir
la infeliz que está cautiva"[31].

Pero más allá de la creación poética, el cautiverio era ciertamente una de las experiencias más terribles a las que se arriesgaba la población de la frontera. Así en el periódico mendocino El Constitucional se lee la noticia de que no podrá tomarse los exámenes a los alumnos del establecimiento escolar de la Villa de La Paz porque habiendo sufrido un malón "su digna preceptora es una de las desgraciadas personas que han sido cautivadas por los indios"[32].

En 1833 la Campaña al desierto organizada por Juan Manuel de Rosas se componía de tres divisiones, la izquierda al mando del propio Rosas, la del centro bajo las órdenes del gral. Ruiz Huidobro y el ala derecha cuyo mando había sido confiado al gral. Félix Aldao, "que debía operar en la región andina, pasar por el Diamante y el Atuel y seguir hasta Neuquén para reunirse con la de Rosas"[33]. El resultado de esta campaña fue bastante exitoso ya que sólo la división derecha logró recuperar setenta cautivos, cerca de setecientas cabezas de ganado vacuno y caballar y diez mil ovejas. Sal días que es quien da estos datos los toma del ***Boletín de la División de la derecha contra los bárbaros del Sur,*** escrito "por el coronel Velazco, jefe de la infantería de Aldao"[34]. El año anterior, 1832, el gral. Bulnes desde Chile había dirigido una campaña, a la que más adelante nos referiremos, que había logrado rescatar dos mil cautivos y cuarenta mil cabezas de ganado.

Después de la Campaña al desierto de 1833 hay un período más o menos largo, hasta 1861, en que debido a las convulsiones políticas la frontera permanece desguarnecida, siguiéndose en consecuencia los malones, el robo de haciendas y el ataque a las poblaciones con el consiguiente cautiverio de mujeres y niños. Estos malones, sostiene Olascoaga, se verifican sobre todo en la zona cercana a la cordillera porque allí se acababa la jurisdicción nacional para la persecución por parte de las guarniciones militares. Por ello, le tocaba a Mendoza, en el sur, en la región de San Rafael la peor parte de estas incursiones[35].

Los pincheirinos

Con los avatares de la guerra de independencia y posteriormente al desastre de Cancha Rayada, hordas de bandoleros chilenos, empezaron a asolar las estancias del sur con toda impunidad, agravándose esta situación después de la Batalla de Maipú. "Entre los primeros españoles que huyeron al sur de Chile, iban los cuatro hermanos Pincheira que sentaron sus reales en el pueblito de El Roble, organizaron una temible banda de forajidos sembrando la muerte y destrucción sobre los campos chilenos y mendocinos"[36]. Durante casi doce años corre la ola devastadora, imponiendo una ley más salvaje que la de los aborígenes a quienes mantienen a raya. Los caciques amigos que veían con disgusto y repugnancia perpetuarse el señorío de los Pincheira mantenían una red de espionaje para avisar a las autoridades toda noticia de invasión. Las funestas consecuencias de la acción de estos personajes obligó a ocuparse seriamente de la defensa del sur[37]. Así fue que en 1828, el general José Félix Aldao quedó encargado de la defensa de la frontera desde los fuertes de San Rafael, San Carlos, Aguanda y San Juan. Formó una Compañía de Caballería, pero cuando parecía haber asegurado la defensa, los avatares de la guerra civil, lo obligaron a presentarse ante Quiroga en San Juan dejando nuevamente desguarnecidos los fortines fronterizos, y con más razón el más lejano, el de San Rafael. En esa oportunidad los pincheirinos, con los huiliches, aucas y ranqueles que los seguían invadieron la provincia llegando a 14 leguas de la ciudad de Mendoza. Aldao regresó y obtuvo una victoria resonante. No obstante como la guerra civil impedía asegurar de manera permanente la frontera, se ensayó otra solución:

pactar con Pincheira. Se firmó, en 1829, un tratado por el cual se le reconocía a Juan Antonio Pincheira el grado de coronel y se lo nombraba comandante de la frontera sur[38].

Para Narciso Sosa Morales, Pincheira fue “uno de los más funestos personajes en la lucha contra los indios, que dejó gravado su nombre en el repudio y odio de los habitantes de San Luis, Córdoba y Mendoza [...] Este lugar 25 de Mayo tiene imborrables recuerdos de su vida y actividades delictuosas, escrita en su rojo estandarte de vileza y atrocidades”[39].

Los Pincheyras, eran cuatro hermanos criollos chilenos que habían batallado por la causa de Fernando VII, quienes luego de la derrota de los realistas cruzaron la cordillera y se refugiaron en las tolderías de los indios pehuenches. Su negocio, sostiene Díaz Araujo, “consistía en traficar con el ganado vacuno robado por los indios, vendiéndolo en Chile. Su impunidad provenía de un arreglo que tenían con los liberales chilenos, “pipiolos”, enemigos de los hacendados conservadores “pelucones”[40]. Estos pincheirinos constituían sus huestes con blancos cuatreros y tenían gran ascendiente sobre varios caciques pehuenches.

Por este motivo, José Antonio había sido reconocido como comandante de frontera. Los avatares del enfrentamiento entre unitarios y federales llevarían, en 1830, al depuesto gobernador Corvalán a buscar refugio entre los pincheirinos quienes, en connivencia con el gobierno de Videla Castillo[41], asesinarían a toda la comitiva en el sangriento episodio eufemísticamente llamado “tragedia del Chacay”, cuando en realidad se trató de una matanza pactada entre el gobierno unitario y las huestes pincheirinas.

La “Traición del Chacay” fue pintada con versos de sentido llanto por el poeta Bufano:

[...] “Palabras de paz pronuncian
y de alianza los viajeros.
¡Ay Corvalán! ¿Que no oíste
voz de traición en los vientos?
¿No te anunciaba traición
el Atuel en sus lamentos?
¿No lanzaban este grito
la piedra, el agua y los cerros?

Corvalán y José Aldao,
como nobles caballeros,
con los suyosse aproximan
a las hordas de Coleto.
José Aldao y Corvalán
ya empiezan su parlamento.
Cordiales palabras dicen
que en vano repite el eco.

Ronco alarido resuena
de pronto en el gran silencio.
Corvalán ya está cercado
con sus treinta caballeros;
cerco de muerte y de sangre,
de horror y de vituperio;
verco de fauces felinas
rojas de sangre en el tiempo” [...]

El romance continúa con la patética descripción del trágico cortejo que de Malargüe regresa hacia Mendoza

“treinta mulas, y en sus lomos
treinta inmóviles viajeros,
en cruz sobre las monturas
tapados con ponchos negros”[42]

Y concluye aludiendo a la llegada del cortejo a Mendoza cuyas campanas tocan a muerto.

Sin embargo, las horas de los pincheiras estaban contadas. El acuerdo que tenían con los pipiolos, llegó a su fin cuando en 1829, Diego Portales llegó al poder desde el ministerio chileno. En abril de 1831, el Presidente de Chile pidió colaboración para operar contra las hordas de Pincheira. La guerra civil no permitió colaborar, pero de todos modos desde Chile a fines de 1831 salió un regimiento al mando del general Bulnes. La campaña puso fin al grupo dando muerte a la mayoría y tomando preso a José Antonio. “Rescató más de dos mil cautivos y reunió cuarenta mil cabezas de ganado que habían pertenecido a los hacendados mendocinos, pero se las llevó como botín de querra, con la consiguiente reprobación de sus primitivos

dueños. Así quedó exterminado el señorío de los Pincheyra en toda la provincia"[43].

Sosa Morales señala, con relación al episodio ocurrido en El Chacay, que: "Nadie puede decir en verdad que Pincheyra, mitad cristiano y mitad indio, es ajeno a este bárbaro hecho"[44].

Los renegados

..."mitad cristiano mitad indio"... ¿Era posible esto? Existía gran cantidad de personas que habían optado viviren la toldería voluntariamente, como el caso de los pincheira y que desde este refugio desarrollaban ahora sus vidas. Mayo hace notar que para los hombres de frontera este paso de un lado al otro de la línea no implicaba un cambio radical en sus circunstancias de vida material, ya que la distancia entre un rancho y un toldo podría recorrerse sin dificultad y porque además ambos mundos eran esencialmente mundos ecuestres. Hacerse indio, por lo tanto no implicaba un cambio radical en su forma de vida. Los renegados cumplían en los toldos una función bien definida: hacer de "bomberos", o sea espías, participaban en los malones y a veces ocupaban puestos de liderazgo como capitanejos de las huestes indígenas[45]. Marcó del Pont sintetiza esta idea cuando refiriéndose al abandono en que se encuentra la zona cita la expresión de uno de los Comandantes de la época que decía: "Poco falta para que todos nos volvamos indios"[46].

Debener utiliza la denominación de "bandidos" o "bandoleros" para estos cristianos que separados del sistema legal vigente optaron por vivir al margen de él. Considera como rasgos identificatorios de este grupo: "vivir más allá de la frontera, adoptar pautas de comportamiento económico vinculadas a la empresa indígena, refugiarse en territorio indio y ser perseguido por la ley de los blancos"[47]. Señala además que estos bandidos reforzaron la empresa malonera y se comportaron como aliados de los indios, no sólo en lo económico, sino también en lo político. Considera posible, por lo tanto, que la sociedad indígena haya encontrado en estos aliados blancos, además de socios comerciales, la posibilidad de reforzar su posición (defensiva y ofensiva) en la lucha por el territorio.

Ya desde los tiempos hispánicos existían estos tránsfugas que abandonando la lealtad a su sociedad hispanocriolla se pasaban a la indígena. Así se cuenta, en los tiempos de Amigorena, que en una de las campañas había llamado la atención la actuación entre los indios de un infidente "cristiano mendocino" de nombre Lorenzo Vargas Machuca, que según testimonio de una cautiva había recorrido la frontera de Córdoba y San Luis, comunicándoles a los indígenas acerca de la campaña que se había iniciado contra ellos, lo que les había permitido retirarse a tiempo hacia el sur[48].

Estos renegados, o infidentes solían comandar, además, interesantes negocios desde la toldería. Tal es el caso aludido de los pincheiras y los robos de haciendas para su posterior venta trasandina. El problema de la conservación y tranquilidad de la frontera sur, oeste y norte, requería de una constante vigilancia para impedir además de las incursiones indígenas, "las ambiciones de los cristianos que vestían plumas para realizar sus asaltos y robos de hacienda, que les darían pingües beneficios con sólo trasmontar las fronteras"[49]. Esta razón era más visible y palpable en las poblaciones sonde una abandonada y escasa guarnición militar trataba de defenderlas de los malones. Por ello le cupo a Mendoza, ser uno de los lugares desde los que con más empeño partían las iniciativas de expediciones contra los indios.

Ya hemos aludido a la "tragedia del Chacay". En este suceso actuó de infidente, según consta en las actuaciones del proceso judicial don Jacinto Godoy (padre de Juan Gualberto) que era quien había obrado de emisario entre el gobierno, los pincheiras y los indios. Igualmente otro caso tristemente célebre es el de Reinafé, quien con ocasión de la campaña del Desierto de 1833, influyó en el fracaso de la columna que había partido de San Luis, por estar en acuerdo con el cacique Yanquetruz.

En el caso particular de San Rafael, muchos de los malones fueron organizados por estos "individuos de malos antecedentes que, viviendo al margen de la ley, veían en los indios los aliados propicios y fáciles de conducir para satisfacer sus venganzas contra aquellos que en cumplimiento de sus deberes perseguíanlos intensamente"[50]. Esta era la causa, según el autor, por la que se internaban en las tolderías donde conociendo la ideosincracia indígena y aprovechando sus conocimientos de la sociedad criolla encaminaban las incursiones de los aborígenes hacia aquellos de quienes querían cobrar venganza.

Pero Sosa Morales reporta un dato más que es interesante y nos permite ver aquello de que el paso de una vida a otra no era tan radical como pudiera suponerse. La dureza de la vida que debía soportarse en la frontera, dice Sosa, "fue motivo para que muchos desertaran de sus regimientos y algunos al verse perseguidos" buscaban las tolderías de los indios donde se aggiornaban a sus costumbres y forma de vida. La disciplina militar era muy rigurosa y los desertores eran severamente castigados, "algunos pagaban con su vida sus reincidencias y servían de ejemplo para el mantenimiento del orden y cumplimiento del deber. Era necesario la constancia, el sacrificio, las privaciones..., la vida cómoda, sin preocupaciones era imposible", concluye Sosa Morales. Debener señala el hecho de que el grueso de los que componían las guardias de frontera "no se incorporaban al servicio por una decisión vocacional, sino que respondían a la imposición que implicaba no poseer la "papeleta de conchabo" que enviaba a la frontera a aquel que no tenía un patrón que le certificara que tenía trabajo"[51]. Ante esta situación y en el contexto de las luchas civiles muchos optaron por

internarse en territorio indio. Agreguemos a esto, que tal situación fue cambiando según las épocas y la ideología política del grupo dirigente, agravándose notablemente cuando luego de Pavón, en 1861, la mentalidad preponderante entre la clase política será la liberal con su consiguiente elitismo, racismo, persecución política e incomprensión absoluta de las formas de vida rural-tradicional.

Entre los tristemente célebres renegados de la zona además de los Pincheira, y sus secuaces Hermosilla, Fuentes, Loaiza; posteriormente se recuerda a los hermanos Flavio y Pedro Pérez, Cáceres y el capitanejo Barros quien murió en duelo con el Capitán Montoya.

Otra forma de abuso en la frontera era la que ejercían los intermediarios de los pocos bienes y servicios que a esos sitios llegaban. Los sueldos se demoraban una eternidad y con frecuencia no venían en la lista todos los que debían cobrar. Pero para colmo de males, como señala Mayo "el grueso de la paga iba a parar a manos del pulpero del cuertel. La historia se repite a lo largo de más de cien años como si nada hubiera pasado. El pulpero esquilmaba al soldado de la frontera, su cliente cautivo, cobrándole precios exorbitantes por el aguardiente y las mercaderías que consumía, y si le daba crédito, era porque sabía que tarde o temprano cobraría su sueldo y podría levantar los vales que se habían acumulado en su contra"[52]. Así en la obra de Hernández, cuando llegaba la paga cuenta Martín Fierro en qué manos terminaba:

"Sacaron unos sus prendas
Que las tenían empeñadas;
Por sus diudas atrasadas
Dieron otros el dinero;
Al fin de fiesta el pultpero
Se quedó con la mascada"[53].

Sosa Morales relata en una ocasión, hacia 1865, que habiendo el Gobierno Nacional ordenado el pago de las Guardias Nacionales encomendó esta misión a una persona. Los que desempeñaban estas funciones eran llamados "Proveedores". Pues bien, "este proveedor poco escrupuloso, como otros que al amparo de su designación hacían sorprendentes especulaciones, llegó a San Rafael no con el nombre de Proveedor encargado de efectuar el pago, sino como un particular que compraba los sueldos de las topas -sueldos que decía no cobrarían nunca- con un descuento que pasaba del 50%"[54].

Por todas estas razones, Paul Denis señala que el fuerte mantenía la seguridad pero -agrega- "su influencia en cuanto a la observancia de las leyes en el sur mendocino dejaba mucho que desear"[55].

Honor y lealtad

Hasta aquí cabría, tal vez, formarse una idea de la sociedad fronteriza como una comunidad sin valores, sin honor y sin ley. Sin embargo, no pocos ejemplos de verdadero honor y lealtad encontramos en ella. Relata Narciso Sosa Morales que cuando en 1859 fue designado comandante del Fuerte San Rafael don Francisco Clavero "logró tener gran ascendiente entre sus subalternos por su bravura, honorabilidad y justicia"[56].

Posteriormente fue nombrado Jefe de la Frontera Sur el Coronel Manuel Olascoaga. Señala el autor que en su larga actuación militar logró tener tal ascendiente entre sus soldados que cuando hizo el llamado para formar su regimiento que debiera trasladarse a las entonces inhospitalarias tierras de San Rafael, se cubrieron enseguida sus plazas, prometiendo licenciarlos a los 6 meses. Transcurido ese tiempo, Olascoaga expresó a sus soldados que estaban todos licenciados, ante lo cual todos respondieron que continuarían a su lado. Más aún cuando llegaron los fondos para pagar a las tropas, el dinero fue devuelto en razón de que todos se quedaban como voluntarios. Muchas obras se hicieron entonces, especialmente las obras de riego necesarias para poner en valor a las tierras. Tiempo después, llegó ese Proveedor inescrupuloso que lucraba con los sueldos de las tropas. Cuenta Sosa Morales que "sabedor de la treta del Proveedor prohibió a sus subalternos la venta de sus sueldos. Igualmente en otra oportunidad desbarató un 'Negocio' de estos señores en una venta de caballos para el ejército". Concluye el autor haciendo referencia a que como estos inescrupulosos estaban relacionados con personas de altos cargos militares y políticos "esta intromisión honrosa de Olascoaga en defensa de los intereses comunes y del Estado, trájole serios contratiempos en el desempeño de sus prestigiosos servicios"[57].

Otro episodio pleno de valor e hidalguía es el que relata el malón acontecido la madrugada del 5 de julio de 1868. El centinela del fuerte con las primeras luces de la mañana divisa la caballería indígena amenazante y da la voz de alarma. "El clarín suena estridentemente, toda la tropa de la fortaleza compuesta por 150 hombres más o menos apresuradamente se prepara a resistir la terrible avalancha de más de 1000 indios, entretanto empiezan a llegar los vecinos a guarecerse de las hordas, el clarín continúa su llamada de amparo, incesantemente".

"Hombres que buscan armas y colocación en las filas, niños mudos de miedo, mujeres que lloran porque ignoran de muchos familiares más lejanos, que distantes del socorro que les ofrece el fuerte, quién sabe qué será de sus vidas. Ya se siente la carrera desenfrenada -prosigue la prosa literaria de Sosa Morales-

de los salvajes que se descuelgan de las lomas en medio de infernal griterío golpeándose la boca... han dado la voz de ataque, son fieras, son bestias con sed de sangre. Su movimiento es un relámpago, su acción un rayo. Así llegan como un huracán a las primeras casas. Las rodean en doble fila girando vertiginosamente en sentido contrario. Alguien que no pudo escapar a tiempo perece en este siniestro círculo de muerte pisoteado por los caballos. [...] Todo esto ha pasado en contados minutos. El ataque ha sido lanzado por estos estrategas del desierto en todas direcciones, con el mismo ímpetu y furia sanguinaria [...] Las tropas apenas han tenido tiempo de prepararse, ya están listas y en terrible carga hacen su primera entrada en las filas indias. El Capitán Ezequiel Montoya que ha visto a un capitanejo desertor dirigir los movimientos del enemigo, atraviesa las filas y le traspasa el corazón de un lanzazo, el que cae es el bandido Cáceres. Ante la actitud del valiente, las hordas huyen, atraviesan el río y organizándose nuevamente se preparan para su segundo ataque".

Narra, entonces, que desde la banda opuesta del Diamante los indígenas desafían al primero de línea para que pase el río y presenten combate. El Coronel Segovia, con sus bravos oficiales y soldados en acto temerario, quijotesco, dada la desproporción de fuerzas, cruza el Diamante. Cuando todo hacía prever un terrible desenlace... "Se produce el milagro... cuando nadie preveía ni remotamente un cambio de situación, algo inesperado detiene por instantes el comienzo de la lucha".

"Un tal Barros, un forajido de los capitanejos indios, desertor del Regimiento 1° de línea, donde había sido trompa, que notábase tenía mucho ascendiente entre los suyos, montando en su brioso corcel y esgrimiendo su bien preparada lanza, terror de cuantos la vieron emplear, porque el que tuvo la osadía de aceptar su reto jamás salió con vida, se parta de las filas indias, como una saeta cruza el espacio que lo separa del regimiento, resueltamente de presenta ante los blancos y con la pedantería propia de los facinerosos vocifera: 'Que salga ese famoso Montoya tan mentado..." Luego relata cómo Montoya acepta el reto y cual dos gladiadores en romano circo, cuerpo a cuerpo se enfrentan, hasta que cae el cuerpo inerte de Barros. Sosa Morales añade que "modestamente, sin hacer alarde como todos los valientes, se presenta ante su jefe para reintegrarse a su regimiento en medio de un emocionante recibimiento". Los indígenas se dispersan tras las lomas perseguidos por los 150 bravos defensores del Fuerte. Narciso Sosa Morales que describe el episodio dice haberle sido narrado por un testigo presencial un poblador de la Villa, don Jacinto Moyano (fallecido hacia el año 1940) quien tenía alrededor de 10 años cuando sucedió este malón[58].

Conclusiones

A lo largo de los diversos temas que hemos ido desarrollando procuramos desentrañar los códigos y lealtades propios de esta población de frontera que fue nuestro primer San Rafael, la Villa Vieja, la actual Villa 25 de Mayo, cuna de nuestra ciudad de San Rafael, cabecera del sur provincial. En la frontera la vida tenía características propias, sus propios códigos y estrategias de supervivencia que eran muy diferente de los de las ciudades. Como dice Mayo era una "sociedad cuyas lealtades estaban divididas y que vivía una relación ambigua con sus vecinos los indios. Por un lado, debía soportar sus malones y ver morir o caer cautivos a algunos de sus integrantes pero, por otro, encontró varias formas de convivencia con las tribus de la pampa que le permitieron sobrevivir".

Esta ambivalencia es lo que ocasionaba que el paso entre la sociedad criolla y la indígena no fuera tan abrupto ni intransitable como pareciera sino por el contrario, la probreza y austeridad de vida, la sencillez y la rudeza, la importancia del caballo como herramienta que las hacía a ambas sociedades ecuestres hacía de la frontera un ámbito abierto a estos dos tipos sociales.

---

[1]**MAYO, Carlos A**. *"La frontera; cotidianidad, vida privada e identidad"*, pág. 85 y 101.
[2]**DENIS, Paul.** *San Rafael, la ciudad y su región*. pág. 218.
[3]**MARFANY, Roberto H.** *"El Virreinato del Río de la Plata y la gobernación intendencia de Buenos Aires"*, en: *Historia Argentina*, dir. Roberto Levillier. Buenos Aires, Plaza y Janés, 1968. págs. 1002-1004.
[4]**UNDIANO, Sebastián de**. *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, 2 de noviembre de 1803, n. 59. cit. en **MARFANY, R**. *Ibidem*, pág. 1009.
[5]tomamos este concepto de **CUNILL GRAU, Pedro.** *"La geohistoria",* en: *Para una historia de América,* coord. Carmagnani et al., México, Fondo de Cultura Económica, t. I, pág. 90 ss. También: **CUNILL GRAU, Pedro.** *Las transformaciones del espacio geohistórico latinoamericano; 1930-1990.* México, Fondo de Cultura Económica, pág. 127 ss.
[6]**GUTIÉRREZ, Eduardo**, *"La vida en la frontera",* en: *Croquis y siluetas militares*, Bs. As. Tomasi editor, 1896, págs. 286-293. cit. en **BENARÓS, León** *"Eduardo Gutiérrez: una pasión de la verdad"* (estudio preliminar), en: **GUTIÉRREZ, Eduardo**. *Los Montoneros*, Buenos Aires, Hachette, 1961, págs. 24-25.
[7]**MAYO, C.** Op. cit. pág. 87.

[8]**HERNÁNDEZ, José.** *Martín Fierro.* Madrid, Aguilar, 1971, pág. 20, 380.
[9]**DENIS, Paul**. Op. cit. pág. 223.
[10]*Ibidem*, pág. 222.
[11]El conocido texto del Parlamento del Diamante del 1 y 2 de abril de 1805 (Archivo Histórico de Mendoza, A.H.M. Est. 30, doc. 49, 3/5/1805) celebrado entre el Comandante Miguel Telles Meneses y 23 caciques y 11 capitanejos pehuenches entre los doce artículos que resumen el acuerdo expresa en el cuarto: "Se conformaron en que se funde Capilla de que sea párroco el Padre Fray Francisco Inalicán para instruir a los que deseen abrazar nuestra religión"...
[12]A.H.M. Época Independiente, Sección Gobierno, Departamento de San Rafael, Carp. 592, doc. 2, 1816.
[13]**SOSA MORALES, Narciso**. *Historia de un pueblo; La Villa Vieja.* San Rafael, Mendoza, Museo de Historia Natural, 1979, pág. 35.
[14]**MARFANY, Roberto** *"Frontera con los indios en el sud y fundación de pueblos",* en: **ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA,** *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862),* vol. IV, Bs. As., El Ateneo, 1940, pág. 332.
[15]así lo declara la viuda de Amigorena, María Prudencia Escalante, en un memorial (18-03-1800) en el que relata los servicios prestados por su esposo desde 1771 hasta su muerte en 1799, y solicitando una pensión, presentado al ministro Antonio Cornel del virrey marqués de Avilés. El docuemnto se encuentra en el Archivo general de Indias, Sevilla, Sección V, Audiencia de Buenos Aires, legajo 85. Transcripto íntegramente en: **TORRE REVELLO, José**. "Aportación para la biografía del Maestre de campo de milicias y Comandante de armas y frontera, don José Francisco de Amigorena", en: Revista de Historia Americana y Argentina, Mendoza, UNCuyo, 1958-59, año II, n. 3 y 4, págs. 27-31.
[16]cfr. **CANALS FRAU, Salvador**. *Las poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 1953. cap. XIII. **COMADRÁN RUIZ, Jorge**. *"Historia política, económica, social y cultural de la Provincia de Cuyo (1561-1810)",* en: *Historia Argentina*, dir. por Roberto Levillier, Buenos Aires, Plaza y Janés, 1968. t. II, págs. 1083-1084.
[17]**MARFANY, Roberto** *Ibidem.*
[18]**DENIS, Paul**. op. cit. pág. 221
[19]**SOSA MORALES, Narciso**. Op. cit. págs. 31-32.
[20]**MARFANY, Roberto** *"La guerra contra los indios nómadas",* en: **ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA,** *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862),* vol. VI, Bs. As., El Ateneo, 1947, pág. 758.
[21]**SOSA MORALES, Narciso**. Op. cit. pág. 37.
[22]**MARFANY, Roberto** *"La guerra...* Op. cit., pág. 760.
[23]*Ibidem*, pág. 761.
[24]*Ibidem*, pág. 761.
[25]La relación entre malón y comercio ilegal ha sido estudiada en un interesante artículo que hace referencia a esta zona: **DEBENER, Marcela** *"Indios, Bandidos y chilenos en el circuito comercial indígena del noroeste de la meseta patagónica; 1850-1880",* en: *Revista de Estudios Regionales*, Mendoza, CEIDER, 1999, n. 22, págs. 133 ss.
[26]**OLASCOAGA, Laurentino**. *"La conquista del desierto",* en: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza,* Bs. As., La Facultad, 1936. pág. 117-118.
[27]**MAYO, Carlos** Op. cit. págs. 96-98.
[28]**SOSA MORALES, N.** op. cit. pág. 74.
[29]**A.H.M.** Epoca independiente. Sección Gobierno. Carpeta 26. Doc 3 (foja 4 vuelta). 1834, febrero 28. Borrador de Oficios a gobernadores de provincias y Chile año 1834.
[30]**A.H.M.** Epoca independiente. Sección Gobierno. Carpeta 26. Doc 4 (foja 33 vuelta). 1835. Borrador de Oficios a gobernadores de provincias y Chile año 1835.
[31]**HERNÁNDEZ, J.** Op. cit. pág. 206, 1055. Cfr. **DELFÍN GUILLAUMÍN**, **Martha Eugenia** *"Las Cautivas; historia de un desgarramiento",* en: *Los Andes, Suplemento Cultura,* Mendoza, 18 de mayo 20003, págs 2-4.
[32]*El Constitucional*, Mendoza, 9 de diciembre de 1868.
[33]**SALDÍAS, Adolfo.** *Historia de la Confederación Argentina*, t. I, Buenos Aires, El Ateneo, 1951, p. 364.
[34]*Ibidem.*, p. 374.
[35]**OLASCOAGA, L.** Op. cit. pág. 119.
[36]**MARFANY, Roberto** *Ibidem*, pág. 758.
[37]cfr. una visión radicalmente diferente de este grupo, considerados como un resto de reacción española y monárquica, es la que ofrece **GONZÁLEZ, José Manuel**. *"La cueca larga de los Pincheira; un protocarlismo criollo"*, en: *Maritornes, Cuadernos de Hispanidad*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, agosto de 2002, año I, n. 2, págs. 127-145.

[38]**MARFANY, Roberto** *"La guerra...* Op. cit. pág. 760.
[39]**SOSA MORALES, Narciso**. Op. cit. pág. 37.
[40]**DÍAZ ARAUJO, Enrique**. *Los Vargas de Mendoza*, mimeo, págs. 200.
[41]cfr. **DÍAZ ARAUJO, Enrique**. *Los Vargas de Mendoza*, mimeo, págs. 197-205. **EZCURRA MEDRANO, Alberto**. *Las otras tablas de sangre,* Bs. As, Haz, 1952, págs 52-53. **MORALES GUIÑAZÚ, Fernando**. *"Tres gobernadores unitarios en mendoza (Lavalle -Videla Castillo -Lamadrid)",* en: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza,* t. XIII, n. 29-30, Mendoza, 1938, p. 219-274. **GODOY, Jacinto**. *Exposición, defensa y acusación sobre los acontecimientos del Chacay*, Valparaíso, Imprenta de El Mercurio, 1834, reproducido en: *Revista de la J.E.H.M*, Bs. As,. La Facultad, 1936, t. III, págs. 61-109. **CALLE, José Lisandro** *Memoria sobre los acontecimientos más notables de la provincia de Mendoza en 1829 y 1830,* Mendoza, Imp. Lancasteriana, 1830, reedición en: *Revista de la J.E.H.M*, Bs. As., La Facultad, 1936, t. III, pág. 197 ss. . **DAY, Horacio** *"La tragedia del Chacay",* en: *Revista de la J.E.H.M,* Mendoza, 1966, 2a. época, n. 3. págs. 99-120. **SOSA MORALES, Narciso**. Op. cit. págs. 38-40. **CASTRO, A.; ARUANI, S., BUERA, A. Y LARÍA, S.** *Las Campañas del desierto y del Chaco*. Mendoza, Ministerio de Cultura y Educación, 1979. pág. 51-54.
[42]**BUFANO, Alfredo**. *Poesías Completas*. Buenos Aires, Ed.Culturales Argentinas, 1983, tomo III, págs. 851-853.
[43]**MARFANY, Roberto** *"La guerra...* Op. cit. pág. 760.
[44]**SOSA MORALES, Narciso**. Op. cit. págs. 40.
[45]**MAYO, C.** Op. cit. págs. 98-99.
[46]**MARCÓ DEL PONT, R.** xxx
[47]**DEBENER, Marcela** Op. cit. pág. 141-142 y 145
[48]**TORRE REVELLO, J**. Op. cit. pág. 21.
[49]**OLASCOAGA, L**. Op. cit. pág. 118.
[50]**SOSA MORALES, N**. Op. cit. pág. 70.
[51]**DEBENER, Marcela** Op. cit. pág. 146.
[52]**MAYO, C.** Op. cit. págs. 89-90.
[53]**HERNÁNDEZ, J.** Op. cit. pág. 31, 725.
[54]**SOSA MORALES, Narciso**. Op. cit. págs. 56.
[55]**DENIS, Paul.** Op. cit. pág. 221
[56]**SOSA MORALES, N.** Op. cit. pág. 52.
[57]*Ibidem,* págs. 55-56.
[58]*Ibidem,* págs. 72-75.